

## 6. ASCENSO Y TRIUNFO DEL NAZISMO EN ALEMANIA

RICHARD J EVANS

Historiadores y analistas políticos de diferentes generaciones y convicciones han atribuido a diversas causas el ascenso y triunfo del nazismo en Alemania. Algunos han subrayado el poder carismático del líder del movimiento, Adolf Hitler, y la compleja y seductora propaganda a través de la cual su mensaje se transmitió al electorado alemán. Otros han insistido en la debilidad política de la República de Weimar y sus defensores. Otra corriente interpretativa se ha centrado en la depresión económica de 1929-1933, crisis del capitalismo que —se ha afirmado a menudo— impulsó a la gran empresa a buscar una solución dictatorial para el problema del desempleo masivo y el hundimiento de la industria. Pero otros historiadores han calificado de carente de perspectivas este enfoque y han buscado las causas del ascenso y triunfo del nazismo en la evolución a más largo plazo de la sociedad y la política alemana desde mediados del siglo XIX. En la abundante bibliografía dedicada al fenómeno del nazismo en los últimos cincuenta años se han expuesto muchas otras teorías e interpretaciones, pero la mayoría de los intentos serios de explicar la llegada al poder del nazismo en 1933 se inscriben en la práctica en alguna de las cuatro corrientes explicativas amplias que he apuntado. En esta conferencia me propongo examinar sucesivamente estos planteamientos, para terminar con unas breves observaciones propias<sup>1</sup>.

*Richard Evans*, profesor de Historia del Birbeck College en la Universidad de Londres. Autor de *Rethinking German History: Nineteenth Century Germany and the Origins of the Third Reich*, y editor, entre otros, de *The German Working Class 1888-1945*.

<sup>1</sup> Para la historiografía del nazismo, véase Pierre Acqoberry, *The Nazi Question. An Essay on the Interpretation of National Socialism 1922-1975*, Londres, 1981; J. Farquharson y J. Hiden, *Explaining Hitler's Germany*, 2ª edición, Londres, 1989; Ian Kershaw, *The Nazi Dictatorship: Problems and Perspectives of Interpretation*, 2ª edición, Londres, 1989.

El movimiento nazi comenzó su andadura formal en Munich el 9 de enero de 1919, con la fundación del Partido Obrero Alemán por el mecánico ferroviario Anton Drexler. Este partido era uno de los varios movimientos de extrema derecha presentes en la agitada escena política de la Baviera de la revolución y la contrarrevolución de posguerra. Como sugería su nombre (cambiado en febrero de 1920 por el de Partido Obrero Nacional Socialista Alemán), pretendía ganarse a las masas trabajadoras para el nacionalismo extremo mediante la combinación de anticapitalismo, pangermanismo y antisemitismo, conceptos que, en el lenguaje político de la época, venían sugeridos por los términos «nacional» y «socialista». Adolf Hitler no ingresó en el partido hasta el 12 de septiembre de 1919.

Hitler, nacido en Austria en 1889, se convirtió en seguidor del nacionalista, antisemita y pangermanista Georg Ritter von Schönerer en Viena antes de la guerra. Su convicción de que todos los alemanes debían unirse en un solo Estado-nación basado en la raza le llevó a no alistarse en el ejército austriaco, sino en el alemán, en 1914. Terminada la guerra, comenzó a actuar como observador político del ejército de Baviera y se unió al partido de Drexler. Pero, gracias a su capacidad oratoria, pronto comenzó a desempeñar un papel cada vez más importante en el partido, y en agosto de 1921 se convirtió en su máximo dirigente. Hitler fue el principal autor, junto con Drexler, del programa de febrero de 1920, y la fuerza de su oratoria fue el principal motivo del crecimiento del partido en los años siguientes, hasta superar los 50.000 afiliados en 1923<sup>1</sup>.

Los testimonios de la fuerza de Hitler como orador son tan numerosos que no dejan ninguna duda sobre la intensidad del magnetismo personal que ejercía. Según algunos oyentes, proyectaba un «hechizo hipnótico» sobre su audiencia: la asistencia a uno de sus mítines producía a menudo «una exaltación que sólo podía compararse con la conversión religiosa»<sup>2</sup>. Otros han señalado que

parecía tener la capacidad de articular los temores y ambiciones más profundos de sus oyentes<sup>3</sup>. Fue la voluntad de Hitler la que empujó al partido hacia la acción violenta durante la crisis política de la República en 1923, cuando Francia ocupó el Ruhr y la rebelión comunista parecía planear sobre Sajonia y Turingia. Pero su intento de tomar el poder en Baviera y utilizarlo como trampolín para organizar un golpe nacionalista contra el gobierno de Berlín fue un fracaso. La policía y el ejército de Baviera se negaron a apoyar el *putsch* y la marcha de Hitler, con dos mil seguidores, sobre el centro de Munich fue dispersada tras un breve tiroteo el 9 de noviembre de 1923. Hitler transformó el juicio subsiguiente en una victoria propagandística al describirse como el único nacionalista que había estado dispuesto a actuar de manera resuelta. No obstante, los acontecimientos de 1923 frenaron temporalmente el ascenso del nazismo. El partido fue prohibido, y aunque Hitler fue excarcelado en diciembre de 1924, en muchas zonas de Alemania no se le permitió hablar en público durante algún tiempo, lo cual supuso un grave escollo para el resurgimiento del partido<sup>4</sup>.

Hitler aprendió dos lecciones importantes del fracaso de *putsch* de 1923. En primer lugar, abandonó la idea de un golpe de Estado directo y violento por considerarlo peligroso y poco práctico. En adelante insistiría en llegar al poder por medios constitucionales o al menos en aparentar que así era. En segundo lugar, debido a las disensiones internas que habían dividido a la extrema derecha durante los primeros años de la década de 1920 y habían alcanzado nuevas alturas —o profundidades— durante su forzosa ausencia de la escena política en 1923-1925, Hitler insistió a partir de 1926 en lo que después se denominó «principio de caudillaje». Hay datos que indican que, hasta entonces, Hitler se consideraba un simple «captador» de apoyo para un gran dictador nacionalista que estaba por llegar. Pero la adu-

<sup>1</sup> Una útil introducción general puede encontrarse en J. Noakes y G. Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945: A Documentary Reader*, 4 vols., Exeter, 1983-1992, vol. I: *The Rise to Power 1919-1924*. Véanse también Ernst Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg der NSDAP 1919-1933 in Augenzeugenberichten*, Düsseldorf, 1968 y G. Franz-Willing, *Die Hitlerbewegung*, vol. I: *Der Ursprung 1919 bis 1922*, Hamburgo, Berlín, 1962.

<sup>2</sup> Kurt Ludecke, *I knew Hitler*, Londres, 1938, pp. 699-702, citado en Noakes y Pridham, *op. cit.*, p. 18.

<sup>3</sup> Citado en E. Kolb, *The Weimar Republic* Londres, 1988, p. 98. Véase M. Broszat, «Soziale Motivation und Führerbindung des Nationalsozialismus», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 18, 1970, pp. 392-409.

<sup>4</sup> Noakes y Pridham, *op. cit.*, pp. 22-35. Véase también A. Tyrell (ed.), *Führer befehl... Selbstzeugnisse aus der «Kampfzeit» der NSDAP*, Düsseldorf, 1969; Deuerlein, *op. cit.*; y Deuerlein (ed.), *Der Hitler Putsch: Bayerische Dokumente zum 8./9. November 1923*, Stuttgart, 1962.

lación de que fue objeto en el juicio, la redacción en prisión de su libro *Mein Kampf* y las expectativas creadas por sus desmoralizados seguidores ante su excarcelación, propiciaron una imagen más segura de sí mismo que Hitler reforzó insistiendo en la obediencia incondicional a él debida por los miembros del refundado partido<sup>6</sup>.

De 1926 a 1928, el partido nazi se dedicó preferentemente a unir los diversos grupos dispersos de nacionalistas de extrema derecha bajo la jefatura de Hitler, a reunir un conjunto de jóvenes y dinámicos dirigentes de segunda línea, como Josef Goebbels y Gregor Strasser, y a establecer una estructura organizativa compleja pero flexible, con secciones especiales para numerosos sectores de la población —desde los estudiantes hasta los sindicalistas— que resultaron cruciales a la hora de contribuir a su expansión cuando finalmente comenzó a conseguir un apoyo masivo. En las elecciones de 1928 para el Reichstag, los nazis sólo consiguieron doce escaños y el 3% de los votos. El número de afiliados rondaba los 100.000. Sin embargo, ya había indicios de que ejercían un atractivo muy superior para algunos sectores de la población, especialmente el campesinado de zonas protestantes como Schleswig-Holstein. Dos años después abandonaron la periferia extremista de la política para situarse en el centro del escenario. En las elecciones para el Reichstag celebradas en 1930 consiguieron 6,5 millones de votos y 107 escaños, con lo que se convirtieron en el segundo partido del país. En julio de 1932, los nazis eran con diferencia el partido político mayor y más aceptado de Alemania, con el 37% de los votos, 230 escaños en el Reichstag y más de trece millones de votantes. Esta fuerza electoral —que se mantuvo, con cierto retroceso, por encima del 30% en las elecciones de noviembre de 1932— constituyó la base fundamental de su llegada al poder en 1933<sup>7</sup>.

Hitler fue fundamental para el triunfo de los nazis por dos motivos. En primer lugar, su historia y su imagen política ocuparon el lugar más destacado de la amplia y compleja actividad propagan-

dística que el partido desplegó en estos años. En segundo lugar, fue Hitler quien insistió, pese a la oposición de muchas personalidades del partido, en negarse a entrar en un gobierno de coalición si no era para dirigirlo, por lo que se prolongaron durante varios meses las negociaciones con otros políticos para formar un gabinete con participación de los nazis. El 30 de enero de 1933, Hitler se salió finalmente con la suya y fue nombrado canciller de un gobierno en el que los nacionalistas conservadores disponían de la mayor parte de las carteras ministeriales.

El ascenso de los nazis al poder no acabó ahí. En los meses siguientes, Hitler utilizó su cargo para desplazar a sus oponentes, consiguió poderes dictatoriales mediante el decreto presidencial de emergencia promulgado el 28 de febrero de 1933, la mañana siguiente al incendio del Reichstag, y selló la implantación de la dictadura con la aprobación, menos de un mes después, de la Ley de Plenos Poderes por el órgano legislativo, del que habían sido excluidos los comunistas y que se reunió en un clima de fuerte intimidación nazi. A comienzos del verano de 1933, todos los partidos y organizaciones políticas habían sido disueltos, a excepción de los nazis, y había culminado la creación de un Estado de partido único<sup>8</sup>.

Muchos historiadores han estudiado el rápido ascenso al poder del nazismo desde el punto de vista del desarrollo de los fines propios de Hitler, mediante el funcionamiento de la voluntad política personal de éste. Pocos pensarían ahora que Hitler era un simple oportunista, dispuesto a sacrificar toda política y todo ideal si ello le acercaba al poder. Es obvio que modificó o cambió algunas ideas para adaptarse a las exigencias del momento. Pero a partir, como muy tarde, de la redacción de *Mein Kampf*, según esta perspectiva, sus objetivos fueron claros y explícitos: la consecución del poder dictatorial, seguida del rearme, la guerra; la creación del *lebensraum* en Europa oriental y la aniquilación de los judíos. Se ha afirmado que el primer objetivo lo alcanzó uniendo el carisma retórico a la astucia política, y en los años siguientes

<sup>6</sup> A. Tyrell, *Vom «Trommler» zum «Führer»*. Der Wandel in Hitlers Selbstverständnis zwischen 1919 und 1924 und die Entwicklung der NSDAP, Munich, 1975; e Ian Kershaw, *The «Hitler Myth». Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1987, pp. 13-17.

<sup>7</sup> Noakes y Pridham, pp. 57-87.

<sup>8</sup> La crónica clásica de este proceso sigue siendo K.D. Bracher, *Die Auflösung der Weimarer Republik*, 6ª edición, Königstein, 1978, y K.D. Bracher, W. Sauer y G. Schulz, *Die nationalsozialistische Machtergreifung*, 3 vols., Frankfurt, 1974; véase también K.D. Bracher, *The German Dictatorship*, Harmondsworth, 1973 [*La dictadura alemana*, Madrid, Alianza, 1974].

continuó utilizando estas cualidades al servicio de sus intenciones a largo plazo. Sin Hitler, se ha dicho a menudo, nada de esto habría ocurrido<sup>9</sup>.

Pero hay motivos para afirmar que el movimiento nazi fue algo más que una mera prolongación de la voluntad de Hitler, que su triunfo fue algo más que un simple fruto del genio de éste. El carisma no puede ejercerse sin una audiencia dispuesta a dársele. Hitler no habría triunfado si su mensaje, incluida su exigencia de jefatura política fuerte e individual, no hubiera respondido a las ideas y aspiraciones de una parte importante del electorado alemán. Los votos no se consiguen sólo con propaganda, como demostró el fracaso del nazismo para lograr un seguimiento masivo durante su primera década de existencia. A pesar de su complejidad y modernidad, la propaganda nazi tampoco logró todo lo que se propuso. Parece obvio, por ejemplo, que ni el anti-capitalismo ni el antisemitismo fueron elementos suficientemente atractivos de la política nazi antes de 1933. Pero la propaganda nazi sí se apuntó antes en su ataque contra la República de Weimar y todo lo que ésta representaba. Consiguió apoyo, en parte, porque parecía la fuerza que contaba con más probabilidades de terminar con las instituciones políticas de la primera democracia de Alemania. Esas instituciones, por su parte, han desempeñado un papel fundamental en los intentos de muchos historiadores por explicar el ascenso del partido y su triunfo en 1933, por haber concentrado sobre ellas el resentimiento popular y entregado al nazismo muchos de los mecanismos constitucionales esenciales para su táctica de «legalidad» posterior a 1923 en su búsqueda del poder<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> E. Jäckel, *Hitler in History*, Londres, 1984; E. Jäckel, *Hitler's Weltanschauung*, Cambridge, Mass., 1981. De carácter más general, véase T.W. Mason, «Intention and Explanation: a current controversy about interpretation of National Socialism», en G. Hirschfeld y L. Kewenig (eds.), *The «Führer State»*, «Myth and Reality», Stuttgart, 1981; y G. Schreiber, *Hitler. Interpretation 1923-1983*, Darmstadt, 1984.

<sup>10</sup> Ian Kershaw, «Ideology, Propaganda and the Rise of the Nazi Party», en P.D. Schattschneider (ed.), *The Nazi Machtgrabung*, Londres, 1983; D. Welch (ed.), *Nazi Propaganda. The Power and the Limitations*, Londres, 1983; W.S. Allen, *The Nazi Seizure of Power. The Experience of a Single German Town 1922-1945*, 2ª edición, Nueva York, 1984; W.S. Allen, «The Appeal of Fascism and the Problem of National Disintegration», en H.A. Turner (ed.), *Reappraisals of Fascism*, Nueva York, 1975; Kershaw, *Hitler Myth*, pp. 13-46, 229-232.

## II

La República de Weimar nació como consecuencia de la derrota de Alemania en la I Guerra Mundial. Al gobierno revolucionario encabezado por los socialdemócratas que tomó posesión el 9 de noviembre de 1918 le siguió, a comienzos de 1919, la elección de una Asamblea Nacional que se reunió en Weimar. La Constitución aprobada por la Asamblea era una de las más democráticas del mundo, pero han sido muchos los analistas que, retrospectivamente, han considerado que estaba minada por defectos fatales. Muchas de las disposiciones de la Ley Fundamental de Alemania Occidental de 1949, que hace las veces de Constitución de la actual República Federal, pretendían impedir el resurgimiento del nazismo evitando aquellos errores.

Muchos historiadores han criticado el sistema de representación proporcional que fijaba la Constitución de Weimar para las elecciones nacionales y provinciales y al que se ha responsabilizado en gran medida de la multiplicidad de partidos que complicaron la escena política de Weimar e hicieron inevitable que todos los gobiernos fuesen de coalición. Esas coaliciones pluripartidistas fueron sumamente inestables. En sus catorce años de existencia, la República de Weimar conoció nada menos que veinte gabinetes distintos (veintiuno si se incluye el de Hitler). La ineficacia de esos gobiernos venía predestinada por la necesidad de no hacer nada que desagradase a alguno de los socios de coalición y por la constante rotación de ministros. Muchos de los avances electorales de los nazis se realizaron a costa de partidos más pequeños como el de la economía (Wirtschaftspartei), los hanoverianos y los partidos campesinos (Landbund, Landvolk, Bauernpartei), circunstancia que sirve de testimonio de la frustración del electorado con esos grupos minoritarios.

Pero con frecuencia se ha insistido demasiado en estos aspectos. La continuidad ministerial fue considerable entre gobiernos sucesivos. Gustav Stresemann fue ministro de Exteriores en nueve gabinetes consecutivos, de 1923 a 1929; Otto Gessler fue ministro del Ejército en trece gobiernos y Heinrich Brauns lo fue de Trabajo en doce. Incluso en ministerios en los que, como Economía, los cambios eran más frecuentes, el mismo titular solía mantenerse en el cargo durante un periodo que no resultaría extraño en un gobierno moderno. Por otra parte, los grupos minoritarios no representaban muchos escaños en el Reichstag; tras las elecciones de



1928, de un total de 491, ocuparon 47 entre seis de ellos, sin contar el Partido Popular de Baviera, que era en muchos aspectos una rama del Centro Católico. El principal problema era la formación de coaliciones a partir de los partidos más importantes: los demócratas (DDP-Partido Demócrata Alemán), el Centro Católico, los socialistas (SPD-Partido Socialdemócrata Alemán), los comunistas (KDP-Partido Comunista de Alemania), el Partido Popular Alemán (DVP) y los nacionalistas (DNVP-Partido Nacional Popular Alemán). En la práctica, los comunistas nunca fueron candidatos serios para formar parte del gobierno, mientras que los centristas fueron la base de diecisiete de los veintinueve gabinetes; en otras palabras, todos aquellos gabinetes de Weimar se constituyeron sobre una base electoral democrática. La existencia de un sistema pluripartidista, con un partido socialista, un partido católico, un partido conservador-nacionalista y dos partidos liberales, se remonta a un momento muy anterior a la instauración de la representación proporcional. La existencia de cinco partidos importantes (a los que se incorporó el comunista, como partido de masas, en 1922) reflejaba el hecho de que la sociedad alemana estaba cuarteada por múltiples fisuras sociales, religiosas, regionales e ideológicas. Ni fue una consecuencia de la constitución de Weimar ni el sistema electoral mayoritario habría impedido el ascenso de los nazis<sup>11</sup>.

Parecidas reservas pueden formularse acerca del papel de los plebiscitos en el sistema de Weimar. De ellos se ha dicho que socavaron la democracia representativa y pusieron un arma propagandística peligrosa en manos de los extremistas. Sin duda es cierto que los nazis consiguieron credibilidad y respetabilidad en un momento crucial gracias a su participación, a petición de los nacionalistas, en la campaña emprendida por la derecha en 1929 en favor del rechazo plebiscitario del Plan Young, acuerdo internacional negociado para programar, aunque no para eliminar, los pagos de Alemania en concepto de reparaciones por los perjuicios causados a los aliados por la I Guerra Mundial. Pero la realidad es que hay democracias modernas, como Austria y Suiza, que sobreviven bastante bien con disposiciones sobre plebiscitos en sus respectivas constituciones, y la confusión política que rodeó los plebiscitos de

la Alemania de Weimar fue más una consecuencia de los antagonismos sociales y políticos del momento que una causa. La constitución también ha sido criticada por no haber reducido el predominio de Prusia, que ocupaba más de la mitad de Alemania y albergaba a la mayoría de la población, y por no haber reforzado el poder del gobierno central en el sistema federal. Pero en la práctica, Prusia, gobernada por los socialdemócratas, fue casi siempre un bastión de la democracia de Weimar, por lo que el federalismo también tuvo sus ventajas.

Sin embargo, sí había una disposición constitucional que generaría problemas en el futuro. Se trataba de la elección por votación popular de un presidente fuerte, con un mandato de siete años y que disfrutaría, en virtud del artículo 48, de la facultad de gobernar por decreto en situaciones de emergencia. El primer presidente de la República, el socialdemócrata Friedrich Ebert, fue lo bastante imprudente para hacer uso con frecuencia de estos poderes —a menudo con la más endeble de las bases, como por ejemplo cuando disolvió en 1923 los gobiernos provinciales, de extrema izquierda pero legalmente constituidos, de Sajonia y Turingia. Su sucesor, el mariscal de campo Paul von Hindenburg, iría mucho más lejos. Hindenburg, monárquico archiconservador que carecía de un verdadero compromiso con la República de Weimar, proporcionó entre 1930 y 1933 gran parte de la pantalla constitucional que ocultó el final del sistema democrático y la creación de una dictadura. Al permitir la utilización de sus poderes para gobernar por decreto como principal instrumento legislativo a partir de 1930, a Hitler le resultó relativamente fácil alcanzar buena parte de sus objetivos sin aprobación parlamentaria, antes incluso de la aprobación de la Ley de Poderes<sup>12</sup>.

A fin de cuentas, sin embargo, las disposiciones de cualquier Constitución son menos importantes en sí mismas que la legitimidad del sistema político para cuyo funcionamiento están concebidas. Para muchos autores, la República de Weimar carecía fatalmente de legitimidad desde el principio. Fueron la Asamblea Nacional y el gobierno revolucionario los que aprobaron los términos

<sup>11</sup> Kolb, *Weimar Republic*, pp. 148-154; y E.R. Huber, *Deutsche Verfassungsgeschichte seit 1789*, vols. 5-7, Stuttgart, 1978-1984.

<sup>12</sup> Kolb, *Weimar Republic*, pp. 70, 74-75. Sobre el uso de estos poderes por Ebert, véase H.A. Winkler, *Von der Revolution zur Stabilisierung. Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1918 bis 1924*, Berlin, Bonn, 1984.

del Tratado de Versalles, que impuso a Alemania el pago de fuertes reparaciones económicas por los perjuicios causados a Francia y otros países en la guerra, separaron de Alemania zonas importantes de su territorio, como Alsacia-Lorena y buena parte de la Alta Silesia, y limitaron estrictamente las Fuerzas Armadas alemanas tanto en efectivos como en medios. La relativa severidad del tratado ya venía presagiada por los términos del armisticio de noviembre de 1918, y la propaganda de los nazis calificaba de «traidores de noviembre» a los socialdemócratas, que habían aceptado esos términos, y los acusaban de haber minado fatalmente el esfuerzo bélico alemán al fomentar la agitación y la revolución en el frente interior: la infamante leyenda de la «puñalada por la espalda» de los años de posguerra.

Todos los partidos presentes en la escena política alemana coincidían en su rechazo de Versalles, incluidos los socialdemócratas, que se habían visto obligados a firmar el acuerdo de paz. Casi nadie aceptaba la cláusula de «culpabilidad de guerra» que justificó la mayoría de las disposiciones punitivas del tratado. La investigación histórica moderna ha dejado sentado que la principal responsabilidad del estallido de la I Guerra Mundial recayó en efecto en Alemania, y que la guerra se perdió debido al fracaso militar y a la ausencia de recursos económicos y de gestión económica, no a causa de la revolución desde dentro. Por poco rigurosos que hubieran sido los términos del tratado, la magnitud de los objetivos bélicos y las expectativas nacionalistas alemanas en 1914-1918 habrían hecho menos que probable su aceptación general en Alemania después de la guerra. Algo hay de cierto en la observación de que el tratado fue la peor de las soluciones posibles, pues avivó el resentimiento nacionalista de Alemania mientras dejaba intacta la base de su categoría de gran potencia. La propaganda nazi pudo aprovechar el descontento general con el Tratado de Versalles para convencer a muchos de que el carácter democrático y los orígenes revolucionarios de la República estaban fatalmente vinculados a la humillación nacional<sup>11</sup>.

<sup>11</sup> Kolb, *Weimar Republic*, pp. 22-23, 166-178; A. Hillgruber, «Unter dem Schatten von Versailles», en K.D. Erdmann y H. Schulze (eds.), *Weimar. Selbstpreisgabe einer Demokratie*, Düsseldorf, 1980; G. Schulz, *Revolutions and Peace Treaties 1917-1920*, Londres, 1974; U. Heinemann, *Die verdrängte Niederlage. Politische Öffentlichkeit und Kriegsschuldfrage in der Weimarer Republik*, Göttingen, 1983. Sobre las reparaciones, véase una obra reciente, Bruce Kent, *The Spoils of War*, Oxford, 1989.

La falta de legitimidad de la República se reflejaba también en el hecho de que, a partir de 1920, los partidos que respaldaban sus instituciones fundamentales —socialdemócratas católicos y demócratas— estuvieron en minoría. El Partido Popular sólo se resignó a aceptar la República de Weimar, con condiciones y a regañadientes, gracias a la influencia de su principal figura, Gustav Stresemann, y tras la muerte de éste en 1929 abandonó rápidamente esa postura para adoptar una abierta hostilidad. Los nacionalistas hicieron todo lo posible para socavar el sistema político y alentaron la existencia de escuadrones asesinos contra los políticos republicanos. Para los comunistas, por último, la República era un régimen burgués y capitalista que estaba maduro para ser destruido mediante la revolución proletaria. El feroz antimarxismo de todos los partidos, a excepción del socialdemócrata y el comunista, hizo más para impedir la formación y funcionamiento de gobiernos de coalición que las vacilaciones de los propios socialdemócratas sobre la formación de alianzas con agrupaciones «burguesas», e hizo que sus partidarios fueran más susceptibles al antimarxismo más dinámico y extremista de los nazis.

Sin embargo, una vez formuladas todas estas observaciones, sigue siendo cierto que la República de Weimar logró superar las tormentas de la revolución y la insurrección armada de 1919 a 1923, y en 1928, con el advenimiento del gobierno de gran coalición encabezado por el socialdemócrata Hermann Müller, comenzaba a parecer que se consolidaba. Lo que cambió la situación, lo que hizo que el partido nazi dejara de ser un grupo extremista situado en la periferia de la política para convertirse en el mayor partido político del país, fue sobre todo la gran depresión que comenzó en 1929.

### III

La economía de Weimar estuvo acosada por dificultades desde el principio. La República comenzó su existencia en un periodo de inflación que se remontaba a 1914. Los historiadores han señalado recientemente que esta situación fomentó el pleno empleo y, por consiguiente, contribuyó a estabilizar la República en sus primeros años. Así, convirtió la huelga general en una poderosa arma contra los intentos de anular la constitución como el *putsch*

de Kapp de 1920<sup>14</sup>. Pero en 1922-1923 la inflación se transformó en hiperinflación. El caos económico de 1923 avivó la agitación política de ese año y dió un impulso importante, aunque temporal por el momento, a extremistas como los nazis. A más largo plazo, aunque no parece que los pequeños comerciantes, tenderos, artesanos y agricultores sufrieran una reducción de sus ingresos importante y generalizada, y los deudores, especialmente las grandes empresas, se beneficiarían considerablemente, sectores clave de la clase media como los obligacionistas, los pensionistas y los rentistas sufrieron gravemente las consecuencias. El efecto neto no fue tanto un empobrecimiento general de la clase media, como se suele pensar, como la fragmentación y desintegración política y social, ya que unos grupos ganaron y otros perdieron<sup>15</sup>.

La recuperación económica de 1924-1928 fue, en el mejor de los casos, precaria. La racionalización y el ahorro provocaron un desempleo generalizado. La cartelización generó una serie de pesados y superpoderosos gigantes industriales como IG Farben. La inversión procedía con frecuencia del extranjero y se realizaba a corto plazo, por lo que podía retirarse con facilidad, como efectivamente ocurrió en 1929 tras el *crash* de Wall Street. Los empresarios pensaban —no hay acuerdo acerca del grado de justificación de esa idea— que los costes laborales eran demasiado elevados, y anularon la serie de compromisos entre los sindicatos y la patronal que habían estado en vigor durante los primeros años de la República<sup>16</sup>. El sistema de seguridad social introducido en 1927, que constituía la base del Estado del bienestar de Weimar, se encontró con la hostilidad del empresariado debido a sus costes. La contracción económica comenzó antes incluso del *crash* de 1929.

<sup>14</sup> R. Bessel, «Unemployment and Demobilisation in Germany after the First World War», en Richard J. Evans y Dick Geary (eds.), *The German Unemployed*, Londres, 1987, pp. 1-22.

<sup>15</sup> O. Büsch y G.D. Feldman (eds.), *Historische Prozesse der deutschen Inflation 1914-1924*, Berlín, 1978; G.D. Feldman et al. (eds.), *Die deutsche Inflation*, Berlín, 1982; C.L. Holtfrerich, *The German Inflation, 1914-1923* Berlín, 1986.

<sup>16</sup> K. Borchardt, *Wachstum, Krisen, Handlungsspielräume der Wirtschaftspolitik*, Göttingen, 1982; C.L. Holtfrerich, «Alternativen zu Brüning's Wirtschaftspolitik in der Weltwirtschaftskrise?», *Historische Zeitschrift*, 235, 1982, pp. 605-631; H.A. Winkler, *Der Schein der Normalität, Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1924 bis 1930*, Berlín, Bonn, 1985, c. 1.

Pero de todos los acontecimientos que tuvieron lugar en la historia de la economía de Weimar, el decisivo fue sin duda la depresión de 1929-1933. Al terminar 1932 había casi siete millones de desempleados, que suponían aproximadamente el 35% de la población activa. Muchos de ellos estaban sin trabajo desde hacía dos o tres años y habían agotado su derecho a prestaciones. La renta nacional descendió un 39%. Las fábricas cerraron o continuaron funcionando a tiempo parcial. Las quiebras se multiplicaron y la actividad empresarial se creyó al borde de la ruina. El gobierno de «gran coalición» formado en 1928 llegó a su fin bajo la presión que suponía el ahondamiento de los antagonismos sociales. El nuevo gabinete «independiente», presidido por Heinrich Brüning, emprendió una política de deflación salvaje. Los historiadores continúan debatiendo hasta qué punto existían otras opciones reales en términos prácticos, pero parece obvio que si Brüning no hubiera hecho de la cancelación de las reparaciones su objetivo económico fundamental, como condición previa para la colaboración más estrecha con los nacionalistas en la creación de un régimen autoritario, tal vez incluso la restauración de la monarquía, una política de creación de empleo y reflación podría haber sido una posibilidad ya en el verano de 1931<sup>17</sup>.

La realidad, sin embargo, fue que la crisis se intensificó en el curso de 1932 y constituyó la base del triunfo del nazismo por dos motivos: En primer lugar, impulsó a la gran empresa a buscar con creciente urgencia una solución autoritaria para el *impasse* político de la República; una solución que mitigase la presión a la que estaban sometidos, desmantelando el Estado del bienestar, frenando o suprimiendo los sindicatos, proscribiendo a comunistas y socialdemócratas y creando una fuerza de trabajo dócil y barata que permitiese a la industria iniciar el proceso de recuperación. Sin embargo, en la gran empresa no había acuerdo sobre la posibilidad de prestar apoyo a Hitler o escoger otra forma de régimen totalitario. La división continuaba en enero de 1933 y, por consiguiente, su respaldo económico se dirigió a diversos partidos de derecha. Los

<sup>17</sup> Además de las obras citadas en la nota 16, véase también Kent, *The Spoils of War*, y K.D. Bracher, «Brüning's unpolitische Politik und die Auflösung der Weimarer Republik», *Vierteiljahrshefte für Zeitgeschichte* 19, 1972, pp. 113-123.

nazis obtenían la mayor parte de su financiación de pequeños empresarios, donantes extranjeros y, sobre todo, de las aportaciones de sus afiliados, suscripciones de periódicos y otras fuentes propias. En ningún momento dependieron de las aportaciones de la gran empresa. La eficacia de esas aportaciones era discutible en cualquier caso, habida cuenta de su total incapacidad para impedir el derrumbamiento electoral de los nacionalistas y el Partido Popular a comienzos de la década de 1930<sup>18</sup>.

Sin embargo, la gran empresa sí contribuyó a socavar la República de Weimar mediante su apoyo económico y político a diversas formas del radicalismo de derecha como las del Partido Popular, los nacionalistas y los nazis. Su influencia benefició a sectores del mundo de los negocios, como la pequeña empresa, que apoyaban a partidos políticos antidemocráticos como los nazis. También hay algunos indicios, aunque con frecuencia se ha exagerado, de que algunos representantes de grupos empresariales desempeñaron un papel en las intrigas políticas que tuvieron lugar en torno al presidente Hindenburg en 1932-1933 y que condujeron finalmente al nombramiento de Hitler como canciller. Por último, la mayor parte del mundo empresarial aceptó la toma del poder por los nazis en 1933, y amplios sectores, como por ejemplo IG Farben, cambiaron de postura y apoyaron a los nazis con importantes subvenciones durante los meses cruciales de la «toma del poder», antes y después de las elecciones de marzo de 1933<sup>19</sup>.

En segundo lugar, fue sin duda la depresión de 1929-1933 la que sirvió de base al desplazamiento masivo de las preferencias de los votantes hacia los nazis en esos años. Hasta las elecciones de 1928, la mayoría de los votos nazis procedían de la pequeña empresa, el campesinado, el sector de servicios públicos y los artesanos varones protestantes; en pocas palabras, de la pequeña bur-

guesía protestante. El gran crecimiento del voto nazi en las elecciones de 1930-1933 sólo se debió en parte a la captación de los votos de los integrantes de esos grupos que con anterioridad preferían a los partidos minoritarios, los nacionalistas, el Partido Popular y los demócratas. La misma importancia tuvo el éxito del partido a la hora de conseguir un número importante de votantes de casi todos los demás grupos sociales, especialmente las mujeres, los trabajadores no manuales, los trabajadores rurales, los obreros de pequeñas empresas industriales o talleres domésticos, sobre todo de pequeñas ciudades, y las clases media y alta. Los nazis ejercieron un atractivo especial sobre los jóvenes de esos medios que votaban por vez primera. El voto de los nacionalistas, el Partido Popular, los demócratas y los partidos disidentes disminuyó en vertical<sup>20</sup>.

Lo que los nazis ofrecían era ante todo una alternativa dinámica, carismática y bien organizada a los partidos políticos a los que estos votantes imputaban la responsabilidad del caos social, económico y político de los últimos años de la República de Weimar; una alternativa que se proponía acabar principalmente con los partidos «marxistas», especialmente los socialdemócratas, con quienes en gran medida se identificaba la República de Weimar. Donde los nazis no lograron hacer mella de manera significativa fue en el coro católico, que continuó teniendo como principal destinatario al centro; en el socialdemócrata, que siguió siendo fuerte en los núcleos industriales que tenían una prolongada tradición de compromiso con el movimiento obrero; entre los obreros industriales que habían conseguido conservar el empleo; y en el coro comunista, que aumentó rápidamente, gracias sobre todo a los desempleados y los jóvenes de clase obrera. Sin embargo, incluso entre estos grupos los nazis alcanzaron al menos algunos éxitos, por lo que puede decirse que su irrupción como partido de masas en 1930-1933 reflejaba el hecho de que conseguían votos, en mayor o menor medida, prácticamente en todos los grupos sociales del país. En otras palabras, en los últimos años de la República de Weimar el nazismo fue un partido que aglutinó el descontento y ejerció un atractivo espe-

<sup>18</sup> H.A. Turner, *German Big Business and the Rise of Hitler*, Oxford, 1985; R. Neebe, *Grossindustrie, Staat und NSDAP 1930-1933*, Göttingen, 1983.

<sup>19</sup> G.D. Feldman, «Aspekte deutscher Industriepolitik am Ende der Weimarer Republik 1930-1932», en K. Holl (ed.), *Wirtschaftskrise und liberale Demokratie*, Göttingen, 1981, pp. 103-125; V. Hentschel, *Weimars letzte Monate*, Düsseldorf, 1978; D. Stegmann, «Zum Verhältnis von Grossindustrie und Nationalsozialismus 1930-1933», *Archiv für Sozialgeschichte* XIII, 1973, pp. 399-482; P. Hayes, *Industry and Ideology: IG Farben in the Nazi Era*, Cambridge, 1985.

<sup>20</sup> T. Childers, *The Nazi Voter. The Social Foundations of Fascism in Germany 1919-1933*, Chapel Hill, 1933; R.E. Hamilton, *Who Voted for Hitler?*, Princeton, 1982, 111.



cialmente fuerte para los jóvenes y las clases medias protestantes<sup>21</sup>.

Por último, la depresión, con su desempleo masivo de larga duración, cercenó fatalmente toda posibilidad de que la clase obrera organizada opusiera una resistencia seria a la destrucción de la República de Weimar. Por otra parte, ahondó los antagonismos entre los socialdemócratas, muchos de los cuales seguían teniendo trabajo, y los comunistas, sin trabajo en una proporción abrumadora en 1932, y confirió efectivamente cierta plausibilidad a la insistencia suicida de los comunistas en que los socialdemócratas eran «socialfascistas» a quienes poco importaba la difícil situación de las masas proletarias indigentes<sup>22</sup>. La depresión hizo inviable una huelga general como la que había desbaratado el *putsch* de Kapp en 1920. Han sido muchos los que han afirmado que los socialdemócratas deberían haber intentado resistir la ilegal destitución de su gobierno en Prusia por el canciller von Papen y el ejército en julio de 1932, mediante la fuerza en caso necesario. Pero las posibilidades de éxito de esa resistencia eran escasas y el resultado se habría parecido probablemente al de la guerra civil de Austria de febrero de 1934, cuando un levantamiento socialista realizado en circunstancias semejantes fue aplastado en unos días<sup>23</sup>.

#### IV

Aunque el éxito electoral de los nazis fue la condición *sine qua non* de su triunfo en 1933, no sería correcto afirmar, como han hecho algunos historiadores, que llegaron al poder por medios legales o constitucionales o que la República de Weimar no fue destruida por sus adversarios sino que se destruyó a sí misma. La dictadura sólo fue posible cuando las instituciones democráticas de la República dejaron

de funcionar, con la llegada del gobierno independiente de Brüning y la eliminación efectiva del Reichstag como institución política después de que las elecciones de 1930 anulasen la posibilidad de una mayoría viable para la tarea legislativa del gobierno. La dictadura sólo fue probable cuando el canciller von Papen destituyó de forma inconstitucional al gobierno de Prusia en 1932. La dictadura sólo fue inevitable cuando los nazis desataron una campaña de violencia, terror, asesinato e intimidación contra sus oponentes en los seis primeros meses de la cancillería de Hitler. La República fue derrotada por sus oponentes, no por sí misma; la muerte de la democracia alemana no fue un suicidio político, sino un asesinato político<sup>24</sup>.

Sin embargo, adoptan una perspectiva demasiado limitada quienes se centran exclusivamente en los años 1930-1933 para tratar de explicar la caída de Weimar y el advenimiento del Tercer Reich. Muchos historiadores han afirmado que la disposición de los votantes a apoyar en las urnas el autoritarismo y el extremismo nazis; la tolerancia generalizada del militarismo y la violencia política y los enconados resentimientos nacionalistas contra Versalles tenían raíces más profundas en la historia y la cultura política de Alemania. A menudo se ha insinuado que la disposición de algunas elites claves de la sociedad alemana a colocar a Hitler en el poder en 1933 reflejaba una ausencia de compromisos a largo plazo con los valores democráticos modernos derivada de la convulsa evolución de la sociedad alemana desde mediados del siglo XIX. Los valores antidemocráticos, según esta perspectiva, tenían raíces profundas en el pasado alemán.

Siguiendo este razonamiento, mientras otros países como Gran Bretaña y Francia habían vivido sus revoluciones burguesas (Gran Bretaña en 1640 y Francia en 1789), Alemania no había seguido su ejemplo cuando le llegó el turno en 1848. Por el contrario, la aristocracia terrateniente prusiana representada por los *junker* mantuvo con firmeza el control de la situación e incluso lo amplió al resto de Alemania en el curso del proceso de unificación dominado por Prusia y conducido por Bismarck. La burguesía se «feudalizó», asumiendo los valores preindustriales y antidemocráticos de arriba, mientras la pequeña burguesía urbana y rural era manipulada por

<sup>21</sup> J. Falter, «Wer verhalf Hitler zum Sieg?», *Aus Politik und Zeitgeschichte*, Serie B, 28-29, 14 julio, 1979, pp. 3-21; J. Falter, *Wahlen und Abstimmungen in der Weimarer Republik*, Munich, 1986.

<sup>22</sup> Evans y Geary (eds.), *German Unemployed*; P.D. Stachura (ed.), *Unemployment and the Great Depression in Weimar Germany*, Londres, 1986.

<sup>23</sup> H.A. Winkler, *Der Weg in die Katastrophe. Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1930 bis 1933*, Berlín, Bonn, 1987; Helga Grebing, «Flucht vor Hitler?», *Aus Politik und Zeitgeschichte*, B 4-5, 29 enero 1983, pp. 26-42.

<sup>24</sup> Sobre la visión según la cual la República de Weimar se destruyó a sí misma, véase Erdmann y Schultze, *Weimar*.

demagogos inspirados por los *junker* y pertenecientes a organizaciones como la Liga Agraria, para adoptar formas cada vez más fanáticas de nacionalismo y autoritarismo en el empeño de las viejas élites por evitar, en la medida de lo posible, el desafío de la clase obrera y las consecuencias democráticas de la industrialización.

Cuando las consecuencias fueron más evidentes, en 1918, prosigue esta argumentación, cundió la desesperación entre las élites —la aristocracia *junker*, el cuerpo de oficiales del ejército, los altos funcionarios y la judicatura y sus aliados de la burguesía industrial y profesional «feudalizada»— en su preocupación por recuperar la iniciativa histórica. Comenzaron a fomentar el ascenso del nazismo, la forma más radical de movilización de la pequeña burguesía, mientras no dejaban de socavar las instituciones de la República. Por último, en una serie de intrigas centradas en el presidente Hindenburg —a su vez, poderoso símbolo del viejo orden monárquico— instalaron a los nazis en el poder. Aunque su esperanza de controlar a Hitler mediante la ocupación por sus representantes de la mayoría de las carteras del gabinete de coalición de enero de 1933 pronto resultó fuera de lugar (continúa el razonamiento), gobernaron el país, no obstante, más o menos conjuntamente con los nazis y obligaron a Hitler a mutilar a su rama paramilitar radical, los «camisas pardas», en la «noche de los cuchillos largos» de 1934. Pocas actuaciones de los nazis en sus cinco primeros años de poder merecieron la seria desaprobación de las viejas élites. Sólo con la radicalización del sistema a partir de 1938 comenzó el proceso de alejamiento que condujo finalmente al intento conservador de derribar a los nazis en la fallida conspiración de la bomba de julio de 1944.

Pero esta interpretación plantea problemas teóricos y empíricos. Ni las revoluciones burguesas trajeron de inmediato la democracia —ni siquiera en Inglaterra y Francia— ni ésta acompañó necesariamente a la industrialización. La sociedad y la cultura alemanas, a pesar del fracaso político de 1848, estaban impregnadas de los valores burgueses mucho antes de 1914. En el ejército, a menudo eran oficiales modernizadores de origen burgués quienes mantenían ideas antidemocráticas, mientras que el dominio de la aristocracia sobre el funcionariado y el cuerpo de oficiales disminuía sin cesar a partir de mediados del siglo XIX. Tal como se entiende habitualmente, la «revolución burguesa» no implica una transformación de la política, junto con la economía y la sociedad, sino

que históricamente esas revoluciones siempre han tenido lugar en etapas, y esto fue tan cierto tanto en el caso de Alemania como en los de Gran Bretaña y Francia. También se han empleado argumentos parecidos sobre la ausencia o no consumación de una revolución burguesa o sobre una burguesía «feudalizada» para explicar la evolución política de las modernas Gran Bretaña, España y Rusia; argumentos que se han ampliado hasta abarcar toda Europa, por lo que parece que en realidad casi ninguna revolución burguesa culminó plenamente; sin embargo, la historia política de cada uno de estos países europeos fue notablemente distinta de la del resto<sup>11</sup>.

Muchos historiadores han sobrestimado considerablemente el genio manipulador de la aristocracia *junker* de la Alemania de finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuando la realidad es que, en todo momento, se vio obligada a llegar a compromisos con las fuerzas de la modernidad. Por otra parte, el ascenso del nacionalismo radical entre la pequeña burguesía y las clases medias fue en muchos aspectos un proceso autónomo que funcionó en el sistema político desde abajo y adquirió notoriedad a partir de la movilización política generalizada de la década de 1890. Esto fue especialmente cierto en el caso de los nazis. Sus triunfos electorales de comienzos de la década de 1930 no se debieron a un llamamiento manipulador a valores y grupos sociales «preindustriales», sino a iniciativas demagógicas que insistían por igual en la modernidad y en la tradición y lograron transformar el partido en un instrumento de amplia base para la protesta popular contra las múltiples crisis de Weimar. El argumento según el cual fueron las «viejas» élites las que instalaron en el poder a los nazis pasa por alto el hecho de que los terratenientes se habían distanciado de los industriales, que a su vez estaban profundamente divididos con respecto al nazismo en enero de 1933. El general Schleicher, cuya utilización del poder del ejército con fines políticos desempeñó un papel tan importante en las intrigas de 1932-1933, era en muchos aspectos moderno, incluso radical, en su concepción social y política. Desde una base histórica más amplia, muchos de los hábitos

<sup>11</sup> Sobre este debate, véase David Blackbourn y Geoff Eley, *The Peculiarities of German History*, Oxford, 1984; David Blackbourn, *Populists and Patricians*, Londres, 1987; Geoff Eley, *From Unification to Nazism*, Londres, 1985; Richard J. Evans, *Rethinking German History*, Londres, 1987.

y actitudes de las clases medias alemanas que convencionalmente se han considerado «feudales», por ejemplo, su apoyo a los duelos por cuestiones de honor o su hostilidad, como empresarios, hacia los sindicatos, pueden explicarse igualmente desde la perspectiva de la autoafirmación burguesa o la racionalidad capitalista<sup>26</sup>.

Resulta, en fin, poco plausible considerar que el ascenso y triunfo del nazismo fueron ante todo la expresión de las fuerzas preindustriales de la sociedad y la cultura alemanas. Esas fuerzas continuaban presentes en Alemania a comienzos de la década de 1930, pero ya no eran dominantes ni fueron realmente esenciales para la crisis de 1930-1933. Esa crisis fue sobre todas las cosas una crisis de modernidad. Por cierta que fuese la invocación del pasado por los nazis y los nacionalistas, se trataba de una invocación totalmente moderna en la medida en que, en realidad, inventaba o reinventaba la historia y la combinaba con la promesa de un futuro tecnológicamente complejo. Es cierto que fuerzas importantes pertenecientes a las élites se inclinaban a destruir la democracia, y es probable que incluso sin Hitler en el puesto de canciller se hubiera registrado alguna forma de dictadura en 1934 ó 1935 y la reanudación del conflicto internacional a comienzos de la década de 1940. Pero eso no hace que las concepciones de las élites estuviesen «feudalizadas» o fuesen «preindustriales» ni reconoce de modo suficiente el hecho de que, en 1932, la mayoría de los partidarios de los nazis procedían de grupos sociales, desde la burguesía económica y profesional a los trabajadores no manuales y los obreros no sindicados de las pequeñas industrias, que eran modernos en muchos aspectos en sus valores y comportamiento<sup>27</sup>.

## V

El nazismo surgió como fuerza dominante de la extrema derecha en la segunda mitad de la década de 1920 porque estaba bien orga-

nizado, porque era dinámico y porque tenía un líder carismático que supo expresar como nadie los temores y ansiedades de artesanos urbanos, tenderos, campesinos y otros sectores de la pequeña burguesía protestante. Se convirtió en movimiento de masas a comienzos de la década de 1930 porque estas cualidades eran precisamente las que atraían a millones de personas cuyas vidas se habían visto convulsionadas por la depresión, personas que por sus valores y convicciones, a diferencia de la comunidad católica o de la clase obrera organizada, eran receptivas a la retórica demagógica del nacionalismo extremo. El hecho de que estas personas no hubieran tenido hasta ese momento un movimiento político único, unido y adecuado que las representara realzó el contraste con el dinamismo aparentemente monolítico de los nazis. Hitler y su movimiento prometieron eliminar el sistema de Weimar que estas personas tanto odiaban y aplastar a los socialdemócratas y los comunistas, con los que tantos lo habían asociado desde sus comienzos revolucionarios en 1918.

El ascenso del nazismo es inseparable de la debilidad de la República de Weimar. La primera experiencia de democracia parlamentaria en Alemania se realizó en una época de grandes cambios en las estructuras demográficas, sociales y económicas; en una época en que el modernismo cultural estaba en su apogeo; en una época en que la industria y la agricultura experimentaban una serie de rápidas conmociones estructurales, desde la inflación hasta la racionalización, la caída de los precios, la depresión y el hundimiento. Lo que el arte y la literatura de aquel periodo expresaron con tanta brillantez era una febril inestabilidad que estuvo acompañada, incluso en los mejores años de Weimar, por la incertidumbre política y la pérdida de legitimidad. Esta situación propagó el desencanto y la sensación de impotencia entre las élites. A comienzos de la década de 1930 era obvia, incluso para los monárquicos más intransigentes, la imposibilidad de retornar a los días de Bismarck y Guillermo II. Lo que el nazismo ofrecía era una versión modernizada y actualizada de los resentimientos nacionalistas radicales en la que el deseo de cambio dinámico y renovación de los jóvenes (y era efectivamente para los jóvenes para quienes el movimiento tenía más atractivo) pudo combinarse con el anhelo de orden, autoridad y estabilidad de los ancianos y las personas de mediana edad. El carisma de Hitler ofreció a quienes todavía no estaban vinculados estrechamente a un entorno político aglutinador

<sup>26</sup> David Blackbourn y Richard J. Evans, *The German Bourgeoisie*, Londra, 1990; Michael Geyer, *Aufrüstung oder Sicherheit? Die Reichswehr in der Krise der Machtpolitik 1924-1936*, Wiesbaden, 1980.

<sup>27</sup> Un resumen de estos aspectos puede hallarse en el capítulo final de Eley, *From Unification to Nazism*. Sobre el problema de qué podría haber ocurrido si Hitler no hubiera llegado al poder, véase H.A. Turner, *Germany in the 20th Century*, Berlín, 1989.

la oportunidad de encontrar la integración y la seguridad en unos momentos de gran crisis política, social, económica y cultural. La violencia intrínseca del nazismo se ocultaba en parte y en parte se desataba contra los símbolos de Weimar —desde las sedes de los sindicatos hasta la pintura abstracta, desde las tabernas comunistas hasta el «bolchevismo cultural»— que los más afectados por los cambios vertiginosos de la década de 1920 consideraban más amenazadores y molestos<sup>29</sup>.

El nazismo, en fin, cumplió su promesa de destruir el odiado «sistema» de Weimar, pero también fue demasiado inestable en su mezcla de modernidad práctica y tradición manipulada, y simbolizó las incertidumbres de la época en la misma medida en que lo había hecho Weimar. Su inestabilidad dinámica se fue haciendo más evidente a medida que avanzaba la década. A finales del decenio de 1930 estaba cada vez más fuera de control; doce años después, la toma del poder por los nazis había conducido a la catástrofe.

<sup>29</sup> Detlev Peukert, *Die Weimarer Republik. Krisenjahre der klassischen Moderne*, Frankfurt, 1987.